

NUEVAS PERSPECTIVAS DE LA ANIMALIDAD DESDE LA “ETOLOGÍA FILOSÓFICA”

NOVAS PERSPECTIVAS DA ANIMALIDADE DESDE A “ETOLOGIA FILOSÓFICA”

NEW PERSPECTIVES OF ANIMALITY FROM THE "PHILOSOPHICAL ETHOLOGY"

Enviado: 22/02/2019

Aceptado: 11/04/2019

German Emir Di Iorio

Estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Becario estímulo del Consejo Interuniversitario Nacional.

Email: german93@gmail.com

Dominique, L. (2018). *Hacer las paces con el animal* (trad. E. Feuerhake y Z. Bórquez). Santiago de Chile: Ediciones QualQuelle, 224 pp.

Uno de los atributos más significativos de Dominique Lestel es su profunda comprensión de la multiplicidad que son los animales. Si, por un lado, su formación en etología le permite criticar el enfoque filosófico tradicional, que la comprende como si fuera un conjunto homogéneo que simplemente se opone al hombre, por el otro, su formación en filosofía le permite denunciar los vicios metodológicos en los que muchas veces incurren los etólogos, como consecuencia de no cuestionarse el uso que hacen de los conceptos heredados con los que trabajan. La postura de Lestel no redundaría en negar que existan diferencias entre el humano y los demás animales, pero argumenta que esas diferencias no tienen una primacía ontológica por sobre las que tienen otros animales entre sí. Para él, animales humanos y no humanos se complementan, las texturas de sus existencias se solapan y enriquecen mutuamente: no puede pensárselos realmente por separado.

Hacer las paces con el animal desarrolla las distintas implicancias de semejante perspectiva. Se trata de su primer libro publicado en español y compila una serie de textos que el autor armó junto con la editorial Qual Quelle. Los escritos que lo componen están ordenados cronológicamente (siendo el más antiguo del año 2000 y el más reciente del 2015), a excepción del texto que abre el libro, “Algunas observaciones para introducir a la práctica de una forma salvaje de la etología filosófica”. Este último fue escrito por Lestel específicamente para esta compilación en español y su aspecto más relevante es que nos introduce en la “etología filosófica”, concepto y práctica que el autor viene desarrollando hace ya tiempo. Ésta consiste en una nueva forma de pensar la animalidad que parte de dejar de conceptualizar a los seres vivos por separado —como, por ejemplo, la antropología filosófica piensa al ser humano por sí mismo— para pasar a pensar la vida en su conjunto. Es una filosofía “multi-específica” y “trans-específica” que “privilegia la caracterización de la especie en sus relaciones *con* las otras especies” (p. 14).

La radicalidad del planteo de Lestel reside en que la etología filosófica, al abandonar presupuestos positivistas, no se limita al estudio de los animales en su sentido tradicional. En otras palabras, su ontología plural no sólo abandona lo “propio del hombre”, sino que se interesa por un pensamiento de lo vivo en toda su variedad. Es así que la preocupación central recae en “saber *qué significa ser un agente vivo en medio de otros agentes vivos*” (p. 20), a lo Lestel responde que “está vivo lo que los seres vivos

consideran como vivo” (*idem.*). Lejos de derivar en un relativismo, el autor busca un enfoque constructivista práctico que destrone la potestad etnocéntrica de la biología y sus intentos por determinar de modo esencialista los límites entre lo vivo y lo no vivo.

El segundo escrito de este compilado es “Hacer las paces con el animal”. Allí se cuestiona la ilusión de una frontera tajante entre el animal y el hombre, como si se pudieran oponer sin más, para proponer “un espacio complejo, compuesto de una multiplicidad de puntos que son constantemente cambiantes entre sí” (p. 32). Retomando la etología moderna y la psicología comparada, se plantea que la oposición “naturaleza-cultura” ya no se puede sostener en los estudios serios de, por caso, los chimpancés pigmeos. No obstante, para Lestel se trata menos de privilegiar la primatología, cuanto de articular un “origen animal de la cultura”. Éste consiste en reconstruir la historia evolutiva a partir de la vecindad entre los diferentes géneros y especies, buscando dar con una noción de cultura donde la coexistencia de multiplicidad de individuos sea posible. Es en este sentido que las mismas categorías de “géneros” y “especies” resultan insuficientes, y que es necesario partir de un “infinito comportamental” que asuma la imposibilidad que de hecho se da al intentar de describir exhaustivamente el comportamiento de los animales a partir de algún tipo. Ante esta nueva demanda conceptual, tanto la etología como la psicología comparada —por más que cuestionan el lugar del hombre dentro de lo viviente— son insuficientes. Es por eso que, antes que proponer una nueva diferencia ontológica tajante o una asimilación neutralizante, Lestel opta por una tercera vía: la noción de “comunidades híbridas” entre hombres y animales, lo que permite pensarlos en conjunto a partir de las diferencias mutuamente enriquecedoras.

En “A propósito de la noción de reglas convencionales en las sociedades animales” se propone abandonar la idea de que los animales son autómatas complejos, por lo que se analiza la capacidad de diferentes especies para organizar sus sociedades en torno a reglas convencionales. Lestel desarrolla extensa y meticulosamente la posibilidad de “culturas animales”, siendo muy cuidadoso de que sus herramientas conceptuales no terminen por asimilar toda la multiplicidad animal como si tuviera un mismo comportamiento. Explora la existencia de convenciones entre animales, analizando en qué medida sus comportamientos son el resultado de negociaciones complejas. Ahora bien, Lestel insiste en que, por más que busque cuestionar la tajante separación entre la “naturaleza animal” y la “cultura humana”, esto no significa que pretenda asimilarlas. Se trata de dar con una “pluralidad de culturas”, donde cada especie animal (incluida la humana) tiene sus específicas organizaciones sociales sin implicar una jerarquía

ontológica. Más aún, sostiene que algunos individuos pueden tener conocimientos “no superponibles” con los de su especie, es decir que su aprendizaje constituye una “aventura personal”. Por eso es que para Lestel, cuando “los animales de una misma especie se comportan de manera diferente [...], la caracterización de los comportamientos en términos de especie deja de ser verdaderamente satisfactoria, incluso si está lejos de ser inservible” (p. 75). En síntesis, más que una teoría del control, la tarea de la etología filosófica debe ser la de una teoría de la interpretación.

Esta hipótesis de “personalidades” dentro de las especies se continúa explorando en “Historia de los animales singulares”. Frente al enfoque tradicional, Lestel destaca — con espíritu deleuziano, podríamos decir— los individuos singulares que no se pueden explicar ni por un determinismo biológico ni por uno ambiental. El autor sostiene que este tipo de individuaciones se vinculan esencialmente con los comportamientos culturales, para cuya comprensión hace falta el desarrollo de una “etnografía de las sociedades animales”. Lo significativo del animal singular es que no se trata de una variación dentro de la diversidad de una especie, sino de diferencias tangibles y constantes; por eso es que se lo caracteriza como “un animal cuyas competencias y cuyo comportamiento no corresponde a los que *debiesen* ser los de su especie” (p. 92 y 93). A su vez, frente a la visión cerrada de la inteligencia animal, Lestel propone una abierta en términos de “virtualidades”. Este cambio resulta necesario en tanto no son pocas las resistencias epistemológicas que hay para atenerse a la categoría de especie. Además, el texto muestra la función evolutiva de estos individuos que surgen en los márgenes de la especie, de modo que pueden pensarse como un complemento de la perspectiva darwiniana.

Un fenómeno igual de transgresor, ahora con resonancias spinozianas, es el que se aborda en “¿Dónde comienza y dónde termina un cuerpo de hormiga?”. Este quinto texto parte de la incapacidad humana para comprender a los animales con “inteligencias rudimentarias”, como es el caso de los insectos sociales. El “cuerpo” de la hormiga pone en crisis varias de las nociones que están naturalizadas (incluso por los etólogos) al momento de estudiar a los animales. En efecto, las hormigas pueden instrumentalizar sus cuerpos, haciendo que la multiplicidad corporal devenga “cuerpo artificial”. Tal como explica Lestel, “el cuerpo artificial que elaboran los insectos sociales constituye un agenciamiento de los cuerpos orgánicos de cada insecto que participa de él” (p. 117). Estos cuerpos operacionales sin duda requieren que la corporalidad de la hormiga sea de una naturaleza diferente a la del mamífero, y resquebrajan la noción misma de “individuo”. En base a esto el autor propone entender la inteligencia de los insectos

sociales a partir del “conocimiento negativo”, que no significa ignorar, sino saber lo que no es; así, las colonias de insectos desarrollan una “identidad negativa” pues, como un sistema inmunitario, no saben globalmente quiénes son, pero localmente pueden determinar si algo no corresponde a su identidad. Esto constituye un “saber posicional” por parte del insecto social, donde lo que se sabe “depende menos de quién es él que del lugar y del momento en que se encuentra” (p. 122). Así es que esta corporalidad de las hormigas habla de una “diferenciación intra-específica”, donde, en oposición a lo desarrollado en “Historia de los animales singulares” —aunque no en contradicción—, el conocimiento se mantiene como una “aventura colectiva”.

“Reivindicarse animal” es el prefacio que Lestel escribió para la traducción al francés de *The Only World We've Got* de Paul Shepard. Junto con Arne Naess y Val Plumwood, este ecologista norteamericano ha ejercido una gran influencia para Lestel, sobre todo con su concepción del “Pleistoceno” y lo que ésta implica para la relación entre el humano y los demás animales. Lestel recorre la obra de Shepard interpretando el retorno al Pleistoceno como un reconectarse con las prácticas del cazador-recolector. Éste, a diferencia del campesino agricultor, se vincula íntimamente con la animalidad. En este paradigma, ser humano es ser cazador. Esta hipótesis ontológica de la naturaleza humana sostiene que sólo de esta forma es que encontramos las semejanzas perturbadoras que tenemos con los animales. Incluso, es sólo en relación con el animal que el hombre puede desenvolverse en el mundo. Es por eso que Lestel propone que Shepard despliega, más que una historia empírica del mundo, una “metafísica histórica poético-evolucionista” (p. 135). Ante esta ecología identitaria de Shepard, el único reclamo que nuestro autor guarda es su rechazo a las máquinas, pues en *Hacer las paces con el animal* el mundo animal no se reduce a lo orgánico.

El siguiente texto es “Repensar el estatuto ontológico del animal”, una entrevista que Lestel realizó con Sofia Eliza Bouratsis, Jean-Marie Brohm y Pauline Larossi. Las respuestas que da aquí explicitan sus herencias filosóficas mucho más que en el resto del libro. Así, su “perspectiva fenomenológica relacional” prioriza a Gaston Bachelard como fuente fundamental, en desmedro de Heidegger. Luego, sostiene que el antropomorfismo es un mal menor frente a otros vicios de la etología y sus imperativos positivistas. También reclama que, a pesar de haber varios estudios sobre la animalidad del hombre, poco se ha investigado sobre la animalidad del animal. En esta línea, comenta cómo los post-humanistas que no se detiene en la perspectiva animal del hombre favorecen, en última instancia, la culminación de cierto humanismo en tanto “quieren eliminar todas las características animales del humano” (p. 173).

En “Como los dedos de la mano” Lestel desarrolla una de sus metáforas predilectas para conceptualizar el vínculo humano-animal. El texto, que fue escrito para *Thinking about Animals*, retoma el imperativo shepardiano de pensar que “el hombre se constituye como humano en la *textura* misma de la animalidad”, cuestionando radicalmente la noción de “lo propio del hombre”. Así, por más que creamos que el pulgar oponible es lo que nos hace humanos, éste no sería nada de no estar en contacto con el resto de los dedos que, según la metáfora, son los otros animales. Para Lestel debemos asumir una ontología no substancialista, que piense a los seres vivos relacionadamente a partir de sus diferencias sin por eso caer en un discontinuismo.

El último texto es “La animalidad por venir: acercándonos al tiempo de los animales transespecies”. Aquí el autor expone con mayor detalle en qué sentido lo maquínico puede ser pensado como un complemento a la ontología de la animalidad. Así, partiendo de los “animales transespecies”, donde la frontera con las máquinas se vuelve borrosa, Lestel expone una animalidad puramente virtual, artificial y comunitaria. Esta suerte de “zoología extra-biológica” trae a colación los nuevos interrogantes ante los que los robots animalizados nos exponen. Los límites de qué es un animal pierden eficacia allí donde las categorías aristotélicas no pueden dar cuenta de criaturas exponencialmente híbridas. Si una suerte de animalidad *a posteriori* se produce en ciertos artefactos, esto se debe a que la categoría misma de animalidad es porosa, y la ontología que adoptemos debe estar a la altura de estas cuestiones. Por ello es que Lestel concluye que es imperioso desarrollar nuevas metáforas que puedan dar cuenta de la “vida” que viene.

En suma, *Hacer las paces con el animal* es un libro idóneo para que el público hispanohablante se adentre en la etología filosófica de Dominique Lestel. El gran enemigo de este planteo no resulta ser tanto el antropocentrismo, pues este problema metodológico no sólo es insuprimible, sino que al asumirlo damos cuenta de lo necesariamente parcial que es nuestro acercamiento a los animales. Por el contrario, es el etnocentrismo el gran vicio contra el que este libro nos da herramientas; problema mucho más peligroso justamente por lo dificultoso de su erradicación en la medida en que lo asumimos acríticamente. Comprender el sentido de nuestras vidas en común es el gran desafío de la filosofía contemporánea sobre el que Lestel insiste. La clave de su militancia está en que la etología deje ser una ciencia que se limita a observar y experimentar, para pasar a ser una disciplina que reflexiona sobre la genealogía de los conceptos que emplea. Entonces, la creación de nuevos conceptos termina por ser la

tarea fundamental con la que podremos profundizar nuestras vinculaciones con los animales.

Ahora bien, antes de concluir esta reseña es importante señalar un elemento muy polémico de este compilado, así como también de varios de los otros escritos de Lestel: su “carnivorismo ético”. El desarrollo en detalle de los argumentos a favor de esta postura puede encontrarse en *Apologie du carnivore* (2011), su escrito más reconocido a nivel internacional, siendo el único traducido al inglés como *Eat This Book. A Carnivore’s Manifesto* (2016). Esta militancia contra el “vegetarianismo ético” también ha sido defendida por Lestel en programas de radio y televisión. Es cierto que él enfatiza que sus preocupaciones con la animalidad no son morales, sino ontológicas; no obstante, las implicaciones éticas de su postura no son menores. Remitiéndonos sólo a *Hacer las paces con el animal*, encontramos que afirma que la cuestión de los derechos de los animales es trivial (p. 37), que el vegetarianismo es una postura extremista (p. 41) y que dejar de comer carne es “patológico” (p. 138).

Por un lado, estamos de acuerdo con Lestel en que hay un vegetarianismo purista que refuerza la distinción entre el hombre y los demás animales en cuanto los conceptualiza sólo en términos de víctimas. Este higienismo dietario que niega la violencia intrínseca de la vida termina siendo paradójicamente humanista, por lo que criticar sus presupuestos resulta vital para reestructurar de modo significativo nuestro trato con otros animales. Pero, por el otro lado, también es posible un veganismo más allá del purismo, en el que, lejos de buscar ser un alma bella, se asuma la crueldad intrínseca de vivir con otros. Resulta llamativo que Lestel, sosteniendo una opinión tan definitiva sobre las implicaciones del vegetarianismo, argumente que es posible deslindar los problemas de la ganadería industrial del consumo de carne. Al partir de una falsa dicotomía entre consumir carne o continuar negando la animalidad, se pregunta sólo cómo continuar comiendo carne. Sí, hay que comer, la devoración de la alteridad es insuprimible, pero es justamente por eso que también hay que decidir qué comemos y qué no. No podemos más que lamentar que frente al riguroso registro conceptual en el que se mueve su escritura en la mayoría de las temáticas que aborda, en lo que respecta al consumo de carne no considere otras posturas que exploran con mayor profundidad la cuestión.